

## ***Ensayo: A Pedro Infante no le hubieran gustado Los Beatles.***

Mtro. Miguel Ángel Hernández Rascón  
Universidad del Valle de Puebla  
miguelangelhernandezrascon@hotmail.com

La muerte de Pedro Infante en 1957 significó el inicio del fin de la Época de Oro del Cine Nacional, una época de prosperidad para el gremio cinematográfico y de bonanza general para las grandes ciudades mexicanas que vieron un crecimiento exponencial en tiempos de posguerra. Pero también, en ese mismo año, inició la ruptura de todo este periodo de crecimiento económico que inició con la Expropiación Petrolera de 1938 y que remató con el Desarrollo Estabilizador, mejor conocido como “Milagro mexicano”. Y es que, sin Pedro Infante, símbolo inequívoco de esa época, parecía que nada de ese mundo volvería a ser lo mismo y con el avionazo del 15 de abril se puso fin a todo un imaginario en blanco y negro, canto bravío y campañas bucólicas, de la misma forma en que se cambiaban las estructuras económicas y políticas que se arrastraban del periodo pos-revolucionario. Porque México no solo ponía fin a una era dorada de cine ranchero, sino que se abría, por primera vez, cultural y económicamente al mundo, con todo lo bueno y lo malo que eso significaba. Una década después de estos sucesos, el Desarrollo Estabilizador encontraría su epitome, y su caída, en los Juegos Olímpicos y la Matanza de Tlatelolco en el año 1968. Sin duda, entre aquel año 1957 y el convulso año 1968, México no era para nada el mismo país. La radio que saturó sus programaciones con *Amorcito Corazón* o *Cien años*, en apenas una década, ya había dado pie a que unos melencidos y desarrapados de Liverpool conquistaran las listas de popularidad con su revolución *hippie* y sus canciones de ácido lisérgico. Pero el cambio cultural que devino durante estas dos décadas, no sólo fue en el terreno de las modas y los misceláneos, sino en la construcción social, cultural, económica y política de México.

Sin duda alguna, tras la Revolución Mexicana, el país tuvo que reedificarse, casi desde las cenizas. El conflicto fratricida que duró desde 1910 hasta el final de la década de los años veinte (con la Guerra Cristera y un sinnúmero de movimientos reaccionarios y contrarrevolucionarios aleatorios por todo el territorio) creó una sensación de inestabilidad política y económica que se extendió hasta la década de 1940. La Revolución Mexicana había desquebrajado el sistema semifeudal del porfiriato, pero lo que vino después no fue mejor y, en el estricto sentido de la producción agrícola, los latifundios y los ejidos comunales resultaron ser la misma cosa, incluso peor. México no dejaría de ser un país estrictamente campesino hasta entrada la década de los noventa. La “modernidad” y el “progreso” no fueron más que quimeras capitalinas y de la zona del altiplano. En el campo de la industria, durante el periodo pos-revolucionario, México tardaría muchas décadas en alcanzar, siquiera, aquellas cifras de producción de su vecino del norte, siempre estando diez pasos atrás. Si bien, la llamada Segunda Revolución Industrial había sido bien acogida durante las décadas de dictadura porfirista y en los primeros años del siglo XX, el general de origen mixteco bien podría presumir sólo dos cosas: que México, ahora sí, era un país en vías de “progreso” y que no estaba listo para la democracia. La Revolución Mexicana borró ese sueño pueril y superficial de “progreso”, para convertirse, inadvertidamente, en uno de los muchos paréntesis de los que la nación tardaría tanto en recuperarse<sup>1</sup>. Y es que, en río revuelto, ganancia de pescadores; la lucha armada que se desató por el descontento social, y la resaca que significó, sirvió para que Estados Unidos terminara de poner sus sucias manos sobre todo asunto de política interior en

<sup>1</sup> En el estricto sentido económico. De ninguna manera se soslaya la necesidad dialéctica de la lucha social, por el contrario. Sin embargo, en la realidad, el país quedó sumido en una grave crisis a causa de lo extenso del conflicto y en el panorama económico significó un atraso.

México, incluyendo, claramente, todos los asuntos económicos y de producción en el área minera, agrícola, ganadera y por supuesto la creciente industria petroquímica. El complejo y enmarañado levantamiento armando que inició en 1910 tuvo un inicio, pero no un final; tristemente, y a la luz de los hechos históricos, que dicha guerra sigue acompañando a México como una fiel y tenue sombra. Y si la expropiación que llevó a cabo el “Tata Cárdenas” en 1938 significó un fin para esta época, para bien o para mal, tuvo sus bemoles, y no propuso una salida del estancamiento. Pero al menos podía darse vuelta a la página y eso ya era mucho. El control del petróleo como recurso primordial del PIB mexicano supuso ciertas mejoras en el país, aunque destapó otra Caja de Pandora.

Ahora bien, en el sentido cultural y social, la nación mexicana se aferró a una serie de imaginarios que bebían directamente de la época revolucionaria y que ponían un serio énfasis en el campo. En cierto modo, es como si el país se negara a dar un paso adelante y se encontrara en una zona liminar en la que la “modernidad” que representaba el cine, el radio y el fonógrafo estuviera suspendida en una estampa campirana o en un cuadro costumbrista del siglo XIX. La bien o mal llamada Época de Oro del Cine Mexicano perpetuó estos imaginarios hasta un punto casi ridículo, maniqueo y ciertamente *kitsch*. Para Rebolledo (2017), el nacionalismo despertado por la Revolución Mexicana no se apagaría hasta la década de 1940 (y más), haciendo escarnio de la figura del extranjero y despreciando todo lo que suponía venido de otro lugar. Un nacionalismo agresivo que se cerraba al mundo y que perpetuaría en la cultura y la sociedad por muchas décadas. Rebolledo aclara que “se instalaba, así, un impetuoso sentimiento de confianza en sí mismo como antídoto contra la anterior sensación de fragilidad y temor que provocaba la figura del extranjero” (Rebolledo, 2017). Esta pasión y temor hacia la figura del forastero, más “culto” y “civilizado”, parecía encender un salvajismo casi ritual donde el macho mexicano debía, cantar, gritar, tomar y tirar balazos<sup>2</sup>. Este entusiasmo “no tardó en hacerse presente en el imaginario popular y tomar cuerpo en una legislación migratoria caracterizada por el desinterés y la franca desconfianza” (Rebolledo, 2017). En Jorge Negrete se enfatizaron todas estas cualidades, pero llegaron a su epítome con Pedro Infante, que, sin lugar a dudas trascendió mucho mejor en el imaginario colectivo. No era la primera vez que pasaba esto en México. Ya en el siglo XIX, tras la caída y muerte de Maximiliano I, durante la República Restaurada, se despreció todo aquello que sonara extranjero, aristócrata o nobiliario. El costumbrismo de Ignacio Manuel Altamirano sepultó el academicismo de Francisco Pimentel y de los intelectuales conservadores, que desaparecieron para siempre. Esta idea nacionalista moldeó, definitivamente, el rostro del arte y la cultura mexicana, poniendo énfasis en el campo por muchas décadas<sup>3</sup>. Todo lo que sonara a ciudad, nobleza y ciencia aristócrata estaba descartado *ipso facto*. Porque cuando los géneros literarios tomaron rumbos diferentes al estricto realismo o romanticismo, tanto en Europa como en Estados Unidos, lo cierto es que en México no nos quitamos las botas y sombreo ancho ni para dormir<sup>4</sup>. Para que existiera un conde Drácula, forzosamente se necesitaba de un noble, para un Dr. Frankenstein, se necesitaba de un científico aristócrata y para un Crimen en la Calle Morgue, pues se necesita de una enorme ciudad y para la agenda cultural de Altamirano aquellas cosas eran un anatema digno de repelús.

<sup>2</sup> En 1950 se publica *El Laberinto de la Soledad* de Octavio Paz.

<sup>3</sup> No quiere decir que las producciones literarias no se den en escenarios citadinos, pero son las menos, como *La rumba de Ángel del Campo* o *Los bandidos de Río frío* de Manuel Payno, que trata de equilibrar los escenarios. En general se hizo énfasis en el campo y las costumbres populares, soslayando la ciudad y la modernidad.

<sup>4</sup> Resulta irónico que, en el siglo XIX, en un país casi analfabeta, donde una élite citadina eran los asiduos lectores de literatura nacional, se negaran a los temas citadinos o de otro tipo que no fueran estrictamente costumbristas. López Portillo y Rojas es un ejemplo del hombre de ciudad, de la élite política e intelectual, que se aferra a las ideas del campo, a pesar de que no vivía en esa realidad.

Los escenarios literarios y culturales repetirían los imaginarios con la Novela de Revolución, género en sí mismo, que si bien, en sus estructuras resulta una nueva expresión del realismo autorreferencial, lo cierto es que volvía a caer en el *leitmotive* de las novelas del siglo XIX<sup>5</sup>. Sucedió igual con el muralismo, que, tras la revolución, adoptó todo un imaginario que iba en el mismo tenor. Eso sin contar con las apropiaciones de extranjeros como Tina Modotti, por ejemplo, quien, sin vivir un ápice de las problemáticas del campo, bien llenó sus bolsillos con las imágenes que emergían de él, como todos sus contemporáneos. El cine, entonces, no fue la excepción y desde Emilio, “El Indio”, Fernández hasta Gabriel Figueroa, se pondría un énfasis en estas imágenes para confundirlas con la realidad y crear una tercera, que se perpetuó en el imaginario popular. En su libro *El cine o el hombre imaginario* (2001), publicado en 1956, Edgar Morin, un teórico y cineasta francés, explica como el cine ha sido un vehículo para fusionar la realidad con la ficción. Para este autor, el cine ha sido un motor importantísimo de lo que denominó “imaginarios colectivos”. Si bien existe una realidad objetiva ésta se subjetiva y reinterpreta por medio de la literatura en el siglo XIX y el cine en el siglo XX. Para este autor parisino la subjetividad y objetividad “no solamente están superpuestas, sino que renacen constantemente una de la otra, ronda incansante de subjetividad objetivante, de objetividad subjetivante. Lo real está bañado, rodeado, llevado por lo irreal. Lo real está amoldado, determinado, racionalizado, interiorizado por lo real” (Morin, 2001, p 141).

Para Morin, la realidad está tocada por la ficción y lo que se conoce de ella está ligado, irreductiblemente, a lo que se materializa en la literatura y el cine, creando imaginarios colectivos que muchas veces trascienden más que los hechos concretos. Como en el caso de la extensa filmografía nacional, que en veces trata de hacerse pasar como “histórica”, muchos de los imaginarios que se han construido y provienen del cine y la ficción se ha mezclado tanto con la realidad que se han hecho una sola. En este sentido, Morin (2001) explica que las imágenes que arroja el cine y la literatura crean imaginarios donde ya todo es posible, sobre todo el cine por su alcance masivo en la época de reproductividad técnica, como la denomina Walter Benjamin (2019).

Sin duda alguna, detrás de cada construcción artística que trata de explicar y objetivar la realidad, hay una carga ideológica y discursiva. Estos contenidos ideológicos ya han sido explorados por autores como Carlo Ginzburg y Roger Chartier. La “Cultura de México”, en ese sentido, no ha estado exenta; el cine ha sido, también, un escaparate ideológico que ha permitido la instauración de estos imaginarios que se arropan con el proteccionismo gubernamental. De la ficción sabemos quién cuenta, no dudamos de eso, pero de ahí a concretar dicha narrativa en la realidad, pues es otra cosa. Lo cierto es que las agendas culturales de cada gobierno mexicano han hecho énfasis en “crear nación”, “crear identidad” o “crear nacionalismo” sin que quede claro que significa eso, y cuáles son los alcances de estas identidades<sup>6</sup>.

Ahora bien, lo que nos queda claro es que el Desarrollo Estabilizador, fue un modelo económico que representó una evolución para la economía nacional, enfáticamente entre 1954 y 1970, pero fue un modelo, que, desde sus inicios, también abrazó todos los aspectos de la vida nacional. A pesar de que mediados de los cincuenta se devalúa el peso significativamente frente al dólar, haciendo imposible la estabilidad por veinte años, el modelo, en gran parte por su naturaleza proteccionista, pudo mantener a la burocracia, el empresariado y el sector público en la bonanza. Para Carlos Tello “es un período de referencia obligado, en cierto sentido emblemático de lo que, a juicio de no pocos, debe ser la forma de conducir el crecimiento de la economía nacional. Muchos

<sup>5</sup> Rematando esta tendencia con el célebre Juan Rulfo que gozó de todos los beneficios de hablar del campo y sus tristezas desde su casa en Guadalajara.

<sup>6</sup> Identidades que pueden expresarse con una Selección Mexicana de fútbol o con una celebración en septiembre.

añoran esta etapa de la historia económica del país”. (Tello, 2010, pp 66). La Edad de Oro del Capitalismo fue una “fuente de oportunidades” para países como México, eternamente en vías de desarrollo, para que creciera, prosperara y se pusiera al día en la acelerada expansión económica mundial en materia de comercio, inversión, turismo y crédito. Pero en un país tan extenso, que era primordialmente campesino, pues esto resultaba otra quimera. El Desarrollo Estabilizador solo funcionaba en las ciudades, en especial en la capital. Tello (2010) señala que el crecimiento se hace evidente comparando las cifras de 1935 y 1953, cuando se ve un crecimiento del PIB por persona de 3% en comparación con el de 1954 a 1970 que es del 3.4%, pero dicha “estabilización”, que da nombre al modelo, pues no era otra cosa que la participación de los activos públicos en todos los sectores económicos, para curarse en salud y pretender que el “desarrollo” era verdadero, cuando la realidad poco a poco terminaría por estamparse en las narices de todos los mexicanos en la década de los sesenta. Quizá esa era la necesidad de perpetuar un nacionalismo cerrado de tradiciones herméticas, ciertamente machistas y un poco retrógradas, porque al final del túnel, esa era la naturaleza misma de la realidad<sup>7</sup>.

El informe del Banco de México en 1957 señala que, durante ese año, hubo un reajuste internacional que “bajó en los principales mercados en los que México colocaba sus productos, así como de malas cosechas en la altiplanicie, el país siguió progresando, aunque no a un ritmo tan elevado como en 1955 y 1956” (Banxico, 1957, p 15). Reporta además un escaso crecimiento respecto del año 1956 y a pesar de que las actividades industriales se incrementaron a una tasa muy satisfactoria<sup>8</sup>, el crecimiento total del 1%, y el desplome del ingreso de los agricultores, que redujo el crecimiento de la demanda de bienes y consumo, dejó demostrando que el Desarrollo Estabilizador comenzaba a desquebrajarse desde su interior.

El inicio de la década de los años sesenta fue una continuación agonizante del modelo caduco y para mediados de esta década el descontento social se comenzaba a manifestar. El incremento del gasto público y el olvido (nuevamente) de los sectores agrícolas, habían hecho de la bonanza un abismo. La época dorada del capitalismo se desvanecía en todo el mundo, sí, pero lo que fue un grave resfriado para Estados Unidos y Europa, para México significó algo así como el Covid-19.

Esto ocurrió en los años setenta, caracterizados también por recesiones en Estados Unidos, Europa y América Latina. El panorama descrito se había agravado por la “crisis del petróleo” que, con su aumento de precios, afectó a gran parte de los países industrializados. Ello habría contribuido a generar una espiral inflacionaria, a la que se aplicaron medidas restrictivas sin poder revertirla, generándose el nuevo fenómeno de la “estancación”: estancamiento en el crecimiento, pero con inflación. (Cabranes, 2019, pp 59).

La juventud, que para 1968 ya estaba más despierta, contemplaba una realidad diferente. El Desarrollo Estabilizador había funcionado en el mundo hermético y ciudadano de sus padres, pero les había oscurecido el futuro. Una burocracia sobreprotegida y sector privado engordado habían llevado a otra nueva crisis al campo y la producción agrícola, que esta vez contestó con guerrillas, desde Chihuahua hasta Guerrero. El campo mexicano no era esa estampa costumbrista donde se cantaba con “do de pecho” a la menor provocación, por el contrario, era un nuevo escenario de crisis e injusticia social que despertaron las más virulentas reacciones. La figura de Pedro Infante no podría resultar más anacrónica e incongruente. En este sentido, la apertura comercial y la

<sup>7</sup> En 1947 se estrena *Nosotros los pobres*, de Ismael Rodríguez, con un imaginario de arrabal donde la pobreza es idílica y romantizada, ofreciendo las bondades del modelo económico en proceso. Los olvidados de Buñuel, por otro lado, ponía otra perspectiva.

<sup>8</sup> “La construcción ascendió 12% respecto a 1956; la generación de energía eléctrica, 8%; la industria petrolera, 11%; los transportes y comunicaciones, 7%; las manufacturas, 6%, y la minería, 6%”. (Banxico, 1957, pp16).

“contracultura” que significaron los cuatro melencidos de Liverpool, fue también una apertura que dio paso a otras “revoluciones culturales”; no fueron ni los primeros ni los únicos, ni siquiera fueron importantes para la economía nacional, pero sí hacían evidentes ciertos asuntos durante esos años de reestructuraciones. Los cambios de los años sesenta pusieron los pelos de punta a las gentes de bien que urgían por una perpetuidad de los imaginarios impuestos por casi un siglo, sin mucho éxito, claro. La libertad sexual que proporcionaban los anticonceptivos y las ideas de izquierda que llegaron con la Revolución Cubana, por ejemplo, significaron un nuevo anatema para un sistema proteccionista, acostumbrado a poner las reglas, a dar y quitar, al compás de *Cien años*. La respuesta fue la represión violenta del gobierno ante las ideas extranjeras, un rasgo distintivo que se heredó desde aquellos años conflictivos que abarcaban, precisamente, cien años. Los informes del Banco de México de 1968<sup>9</sup> indican estabilidad por los precios, los ingresos y el crecimiento, incluso un esfuerzo cooperativo para paliar la Crisis Mundial del Oro de los años sesenta, pero Tlatelolco (entre otros tantos sucesos de violencia en todo el país) hizo evidente que esas cifras poco representaban bienestar. México ya no era el mismo, y nunca lo sería nuevamente.

El “Milagro mexicano” llegó a su fin en la década de los años setenta, que fueron más convulsos y violentos. Flora Cabranes Méndez (2019) lo ve, de forma un poco pesimista, como la apertura de México a la globalización, al neoliberalismo y a los procesos que dieron forma al México contemporáneo. Y en cierta medida tiene razón, para bien o para mal hay dos “Méxicos” en el siglo XX y uno de ellos vio su ocaso con su mayor estrella, el “Ídolo del pueblo”, Pedro Infante. Un hombre que viajaba en avión privado y vivía en la ciudad, gozando los beneficios del Desarrollo Estabilizador, que tenía un sistema proteccionista para el gremio del cine. Seguramente le hubiera molestado la revuelta social que devino con el colapso de ese mundo y se hubiera enfurecido cuando esos “marihuanos mugrosos”, que cantaban *Lucy in the sky with diamonds*, le quitaran su puesto en la radio... aunque realmente nunca lo sabremos.

## Referencias

Benjamin, Walter (2019). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

BANXICO. (1957). INFORME ANUAL. TRIGESIMASEXTA ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DE ACCIONISTAS.

BANXICO. (1968). INFORME ANUAL. TRIGESIMASEXTA ASAMBLEA GENERAL

<sup>9</sup> Durante 1968 la economía observó un comportamiento que se ajusta a las características más importantes de su desarrollo, al mantener, a la vez, una alta tasa de crecimiento en la producción y una estabilidad relativa de precios. El producto nacional bruto, a precios constantes, creció 7.1% en 1968, tasa superior a la del año pasado (6.4%) y al promedio de la última década. El producto per capita se elevó 3.4% en tanto que en 1967 ascendió 2.7%. Los precios al mayoreo en la ciudad de México aumentaron 1.9%. El crecimiento económico se generalizó en casi todas las ramas de actividad. La agricultura y la ganadería respondieron en forma favorable, y las actividades secundarias y terciarias cobraron una mayor importancia relativa. No obstante la incertidumbre que prevaleció en los mercados internacionales, el mantenimiento de las condiciones de estabilidad interna fue un factor decisivo para fortalecer la confianza necesaria en el desarrollo normal de las actividades productoras. El gasto en bienes de capital aumentó 14.2% y destacó el realizado en construcción, que fue uno de los sectores más dinámicos de la economía, como resultado de la ejecución de las instalaciones olímpicas y de diversas obras públicas y privadas. Las exportaciones de mercancías y servicios que habían permanecido prácticamente estancadas durante 1967, crecieron 13.6% debido principalmente al mayor volumen de divisas generadas por la venta de mercancías, por el turismo y por otros conceptos; estos dos últimos estimulados por los juegos olímpicos. El aumento del gasto total, y en especial el de la inversión, se reflejó en la importación de bienes relacionados directamente con los procesos productivos. Las compras al exterior del sector público se redujeron. La importación de bienes de consumo, principalmente de los duraderos, aunque representa una porción relativamente pequeña del total, tuvo también influencia en las importaciones de mercancías, en función de su alta tasa de incremento. Esto y los otros renglones de egreso, determinaron que la importación total de bienes y servicios fuera superior en 15.3% a la de 1967. El déficit de la balanza de mercancías y servicios continuó creciendo debido, como ya se dijo, a las altas importaciones de bienes relacionados directamente con la producción y llegó a 623 millones de dólares; pero fue contrarrestado por diversos conceptos de ingreso, principalmente capital extranjero a largo plazo. Las transacciones con el exterior arrojaron un superávit de 49 millones de dólares, por lo que la reserva neta del Banco de México llegó, al 31 de diciembre, a 602 millones de dólares. Además, el país cuenta con disponibilidades adicionales de otros 500 millones de dólares, representados por los derechos normales de giro en el Fondo Monetario Internacional y por los convenios recíprocos firmados con la Tesorería y el Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos. (Banxico, 1968, pp 15).

ORDINARIA DE ACCIONISTAS.

- Cabranes Méndez, Flora. (2019) “Del Milagro Mexicano a la globalización neoliberal y su materialización en la ciudad de Mérida, México”. *Península*. vol. XIV, núm. 1. Enero-junio, pp. 51-79.
- Morin, Edgar. (2001) *El cine o el hombre imaginario*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- Rebolledo Kloques, Octavio Bernardo. (2017). “México: posrevolución, nacionalismo y política migratoria”. *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, 18(2), 84-103. <https://dx.doi.org/10.15517/dre.v18i2.26699>
- Tello, Carlos (2010) “El Desarrollo Estabilizador”. *Economía Informa* núm. 364. Julio-septiembre, pp 66-71.